

LA VISITA DE PÉSAME

ANTAÑO EN DONOSTÍA

En aquel tiempo era un acto verdaderamente solemne; como que todas las clases, altas y bajas, poseían la indumentaria, que solía ser especial, para la *visita de pésame*, y no había en San Sebastián ni hombre ni mujer que no poseyera el consabido traje de bayeta negra, indispensable en tales actos.

Y así vemos en Isasti como en Camino, y en Ordoñez como en Garibay, y en Landazuri y en Larramendi, etc., etc., que la visita de pésame, aun en los hogares más modestos, era un tributo que con grandeza y respeto sincero se manifestaba á la familia y al muerto.

En estas líneas nos limitaremos sólo á la entrada y salida de un personaje en la casa mortuoria.

Vamos á remontarnos al siglo XVIII.

Simule el lector en su mente una noble y leal ciudad de San Sebastián, plaza de armas, con seis ú ocho mil moradores, con calles estrechas y oscurecidas por los aleros salientes de las casas, edificios de grandes sillares con sólidas balconaduras de fierro del país, ostentando arriba, sobre las jambas de los ventanales, ornamentaciones heráldicas en alto relieve.

Pues bien; el escudo de una de esas casas ha sido cubierto en este mismo momento con manto negro.

¡Acaba de morir el echeko-jauna!

*
* *

Léase en bascuence esta continuación:

—Ave María Purísima!

—Sin pecado, etc.... Adelante, buen señor!

—.....Perdonad, si con mi presencia acentúo el dolor inmenso de vuestras mercedes...!! Precisa que también lllore yo á sus piés; aunque no por la edad, fué un padre para mí, por lo que por mí hizo. Piadoso en verdad, su larga carrera de la India causó en el cuerpo del buen don Martin de Arriola huella y ¡sufrió!, pero jamás desesperó, no cabía en su corazón más que amor! Su última voluntad, ya hemos visto todos, ha sido tan grande como toda su vida: ved que no se ha olvidado ni del pobre caminante, ni de los ángeles que no han tenido padres, ni tampoco de los cautivos! Llorad! Cuantas más lágrimas vieran nuestros ojos, tanto más glorificada será memoria tan santa! Ha muerto invocando al Santo Cristo de Lezo y á la Virgen del Coro, á quienes acudía también siempre, al partir en los galeones...!! Perdonad, mas, ¿quién es ese apuesto galán que con tanto fervor ampara el cuerpo de don Martín?

—Es, señor, el Mayorazgo!

—¡Ah! Es verdad, el mismo; buen hijo, digno de su nombre! que Dios le bendiga! decid.

—El oficio de difuntos?

—Mañana en Santa María, á las diez!

—Y el enterramiento?

—En San Telmo, á las doce!

—Elevemos nuestro corazón al cielo y pidamos por el ánima de don Martin de Arriola! Beso los piés á vuestras mercedes!

—Id con Dios, buen caballero!

Y desde el momento postrero, las campanas doblaban á muerto; los vecinos de la casa mortuoria apenas se sentían; el portal y las tiendas lindantes se cerraban en honor al fallecido, y todos, con aquel amor recíproco que existía entre los del primero y el cuarto, relaciones de toda la vida con intimidad tradicional, poníase de manifiesto en estos casos el dolor con afecto espléndido en aquella unida y amantísima vecindad.

Ahí está el gran Larramendi que predica á voz en grito el carácter bondadoso y demás atractivos sencillos y agradables de aquel San Sebastián celestial, del cual no han quedado más donostiarras que las cuatro paredes de San Telmo y... las rocas del monte Urgull.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

